

Peccata minuta

Comunistas

JOAN
Ollé

El pasado martes tuve la fortuna de coincidir con el profesor **Borja de Riquer** en *Aquí, Cuní*, magacín matinal de Ser Catalunya en el que tengo el gusto de colaborar. Aquel día se habló de la exaltación del franquismo como delito tipificable en el Código Penal. Los primeros compases giraron en torno a por qué, en los felices años del PSOE, cuando en las primeras Cortes solo **Blas Piñar** lu-

cía camisa azul y gomina, el felipismo apostó por dar una segunda oportunidad a los torturadores y seguir subvencionando a la Fundación Francisco Franco. ¡Ay, la Transición! Y entonces, rauda, intervino **Carles Francino**: «*Fem tard, oi, professor?*»

Y el profesor explicó que, en conversación privada con **Felipe González**, este le confió que optaron por considerar al franquismo como época superada para que el olvido la fuese devorando. También anotó los déficits socialistas con respecto a las ridículas compensaciones que recibieron las víctimas particulares del franquismo en contraste con las pingües gratificaciones adjudicadas a los sindicatos afines.

Planteé al catedrático en Historia Moderna y Contemporánea una doble e ingenua pregunta: si Vox era apología del franquismo o solo una consecuencia posmoderna del cerebro de **Steve Bannon**, y cómo veía que nuestras tres derechas anatemicen a **Sánchez** por gobernar con comunistas y otras gentes de mal vivir. A la primera respondió que, sin duda, Vox defiende al régimen anterior; pero fue al responder a la segunda cuestión cuando **De Riquer** soltó la perla: «En este país hay muchísimos más anticomunistas que comunistas», dando a entender que Unidas Podemos y sus confluencias no mantienen el más mínimo vínculo ideológico ni emo-

cional –«si no, nadie les votaría», anotó **Cuní**– con Paracuellos, las checas ni las purgas y gulags del sanguinario camarada **Stalin**.

La madre de mi buena amiga **Ivette** lo tuvo siempre claro: «*Voteu ben roig, que després prou destenyeix*». No, no creo en absoluto que la lucha por un sueldo digno, por una muerte digna, por proteger a las mujeres de las *manadas* y a nuestra descendencia del suicidio del planeta sea una posición simétrica con la de aquellos reciclados novios de la muerte que, para fingir ser más feministas que **Simone de Beauvoir**, reclaman la pena capital para los violadores. Les va la marcha, fúnebre.

Recomiendo estar al tanto del programa del maestro **Cuní**, ya que allí se viven momentos muy interesantes. ≡

El virus ultra

EMMA
Riverola

No hay alienígenas en Catalunya

Tenía que pasar. Catalunya, además de formar parte de España (pese al anhelo independentista de la mitad de sus ciudadanos), está en Europa, en el mundo. Aquí no hay voluntad que valga. Está anclada a un lugar y a un tiempo, expuesta al oleaje ideológico, a sacudidas sociopolíticas y psicológicas que producen un efecto contagio entre partidos/ciudadanos. Los problemas y retos son nuevos, las respuestas son viejas.

Dentro del independentismo se ha colado el virus ultra. Y no podía ser de otro modo. De la misma manera que se ha filtrado en un gran número de países. El nacionalismo español tiene a Vox. Y un PP y un Cs que, en vez de marcar distancias con el partido de **Abascal**, demasiado a menudo descienden al lodazal de la intransigencia y la mezquindad intelectual.

La intervención de **Ponsatí** en el Parlamento, tan ignorante como sectaria, se quedaría en una desafortunada y bochornosa anécdota si los suyos la hubieran enviado de modo inmediato al rincón de pensar. Se puede comprender que un movimiento que se siente perseguido injustamente (y los excesos policiales y judiciales alimentan ese sentimiento) sea reticente a la autocrítica. No es nuevo. Nada es nuevo en las defensas numantinas ideológicas. La URSS reventaba los derechos humanos mientras los comunistas europeos seguían defendiendo el régimen desde los cafés parisinos.

No es fácil ser crítico con los tuyos en momentos difíciles. Hay gente dentro del independentismo que está delatando esa deriva ultra. Y es importante reconocerles no solo la valentía, sino la capacidad de discernimiento en plena tempestad. Las voces que han sido críticas con el 'procés' (que no es exactamente sinónimo de independentismo) difícilmente son escuchadas, puesto que sus acusaciones son tomadas como una enmienda a la totalidad. Solo desde dentro del soberanismo se puede plantar cara.

El independentismo no es supremacista. No es fascista. No es... no es... Pero en su seno sí hay supremacistas. Lógico. Es humano, no alienígena. ≡

Idealizar el pasado

La cuna del tirano

SILVIA

Cruz Lapeña



No se deje atraer por los tonos pastel. No caiga en la tentación de decorar su comedor con muebles que parecen sacados de una clase de EGB. Déjese de vinilos, no masque chicles con sabor *vintage*. No mire atrás, no lo haga. Y si está a punto de hacerlo, siga leyendo y apunte: la nostalgia es el sentimiento más inútil del mundo. La rabia es capaz de mover montañas, también la esperanza. Y hasta la tristeza –sentimiento inequívoco del final de las cosas– le servirá para medirse ante sí mismo, sus miedos y sus sentimientos y por eso nunca, jamás, hay que esquivarla.

Ningún tiempo pasado fue mejor, lo que ocurre es que usted está –como yo, ella o nosotros– más solo que ningún otro humano que nos precedió. Que la nostalgia, veneno paralizante que nos atrapa en el entonces, es una epidemia lo demuestran también los libros sobre el asunto. Uno es el de **Diego S. Garrocho**, *Sobre la nostalgia: dammatio memoriae* (Alianza, 2019), donde reflexiona sobre esa forma tan tramposa de hacer memoria capaz de convertir en condena hasta un momento glorioso de nuestra vida al no poder superarlo o repetirlo.

Pero si hay una prueba de que esa emoción es hija de la soledad y el aislamiento es *Faren-*



heit, el programa más longevo de Europa dedicado a los libros. Lo produce RAI 3, la emisora de la radio pública italiana dedicada a la cultura. Se emite de lunes a viernes de tres a cuatro de la tarde –ivalientes!– y me condujo hasta él **Giosuè Calaciura**, autor de un libro bellissimo, *Los niños del Borgo Vecchio* (Periférica, 2019), novela sobre la infancia y las miserias materiales y morales de un barrio de Palermo donde tampoco hay nostalgia porque ni la niñez ni el pasado son buenos *per se*.

CALACIURA es, además de un siciliano de pluma fiera y sutil capaz de escribir ficciones que envidiaría **Fellini**, uno de los guionistas de *Fahrenheit*, maravilla que arranca cada día explicando la actualidad –una efeméride, el precio del limón o las inundaciones en Venecia– a partir de la literatura. Es tan sencillo que resulta provocador y aún lo es más que lleven 20 años contestando a la misma pregunta que da título a la sección *¿Qué arde cuando arde un libro?* A eso

responde cada día una persona distinta: librerías, lectoras, maestros, doctoras, estudiantes, policías... Unos saben de letras, otras más de números e incluso contesta gente que nunca ha leído un libro, porque si algo hace bien *Fahrenheit* es periodismo: no descarta realidades y aspira a todos los oyentes.

Pero es otra sección, *Caza al libro*, la que confirma que la necesidad del ser humano de oler a otro ser humano es siempre perentoria. En ella, la gente llama pidiendo ayuda para hacerse con un título que no logran encontrar. Parece raro en un momento donde todo se puede adquirir en un clic, ¿verdad? Pero no es extraño, es más viejo que la luz, es casi revolucionario. Se nota al oír la voz nerviosa del chaval de Amalfi contando que acaba de descubrir a **Flannery O'Connor** y quiere más. Mientras él cuenta su historia, un señor llama desde Roma para ofrecerle la edición que busca y el chico se emociona y da las gracias y el caso queda resuelto.

Han unido a muchos lectores

de ese modo. Gente que, además de un libro, busca una coincidencia. Un roce, una caricia que dice «yo también vi lo que viste» en esa *Sangre sabia* que firmó una de Georgia, que podría ser italiana, siciliana o andaluza, porque la mezquindad –como la nostalgia– no tiene fronteras porque no es delito.

FARENHEIT resulta, además de útil, bello y conmovedor. No subraya nada, lo expone todo. También la falta que nos hace la voz del otro. Mientras sus oyentes hablan e intercambian, nadie echa de menos nada: ni el libro ansiado, ni el tiempo perdido, ni otro régimen. Porque ese es el riesgo de mirar siempre hacia atrás con ojos de caramelo: la pérdida de matices y perspectiva.

Lo advirtió otro siciliano, **Andrea Camilleri**, que a pesar de haber creado al comisario Montalbano –gustoso con que la pasta, las mujeres y las leyes sean como las de antes– evitó esa emoción fuera del folio en blanco, consciente de que idealizar el pasado puede ser un buen recurso literario, pero es un lastre para la vida y las sociedades. «La nostalgia te hace ver menos peligrosas algunas situaciones peligrosas», le dijo a **Ernest Alós** en las páginas de este diario. Parecía advertir algo que hoy confirmamos: que idealizar el pasado pare tiranos. Por eso, no se refugien ahí, no sean cobardes. Hagan caso a **Camilleri**, invéntense una esperanza y eviten, por precaución, los tonos sepia y pastel. ≡

Periodista.